

## *Fortuna europea de Lucrecio*<sup>1</sup>

MICHAEL VON ALBRECHT  
Universidad de Heidelberg

### RESUMEN

El autor pasa revista adiferentes aspectos de la obra de Lucrecio, fijándose especialmente en los problemas de su edición por Cicerón, los avatares de los manuscritos, el estilo, su capacidad de observación, el ateísmo adjudicado erróneamente, su fidelidad a Epicuro y el carácter liberador de la doctrina; acomete luego el estudio de su pervivencia en la Antigüedad y en la Modernidad, añadiendo aquí consideraciones científicas que avalan la importancia de Lucrecio en los estudios acerca de la naturaleza.

**Palabras clave:** Literatura latina. Lucrecio. Tradición clásica.

### ABSTRACT

Several aspects of Lucretius' work are addressed: Cicero's possible role as an editor, the scarcity of manuscripts, Lucretius' supposed absence from medieval tradition, his authority as a poetic model of sublime style, his power of observation, his alleged atheism, his deification of Epicurus (with its echoes, Christian and secular), and the liberating effect of his teachings from the early Church to the modern age. Further considerations serve to assess his impact on the development of modern sciences.

**Keywords:** Latin literature. Lucretius. Classical tradition.

---

<sup>1</sup> Traducción al castellano: Dr. Antonio Mauriz Martínez (Universidad de Santiago de Compostela). —La traducción al castellano de las citas de Lucrecio es de Agustín García Calvo, contenida en su edición bilingüe de la obra de Lucrecio: *Lucrecio, De la realidad / T. Lucreti Cari, De rerum natura*. Ed. Lucina, Zamora 1997. Las restantes citas de obras de diferentes autores (en latín, en italiano o en francés) han sido traducidas por el propio traductor.

## I. La tradición manuscrita

### A. Imperfección de la obra

En febrero del 54 encontramos el *De rerum natura* en las manos de Cicerón y de su hermano. El editor —¿acaso el gran orador?— fue discreto en su trabajo y no interfirió en la sustancia de la obra. Recientemente en los papiros de Herculano K. Kleve<sup>2</sup> ha identificado huellas de 40 versos de Lucrecio, 3 de ellos inéditos (éstos últimos confirman la existencia de algunas lagunas sospechadas por los estudiosos); desafortunadamente se trata sólo de letras o palabras aisladas. Es esta la prueba de que Lucrecio era estudiado en la Villa de los Papiros (que se puede considerar una «academia» epicúrea). Así pues, la fortuna de Lucrecio comienza pronto; otra prueba de su autoridad es su influencia sobre los augústeos, especialmente Virgilio, Ovidio y Manilio.

La filología parece interesarse por Lucrecio a partir de Verrio Flaco y se atribuye al gran gramático Probo una recensión del texto, que no es, sin embargo, necesariamente una edición en el verdadero sentido de la palabra. Las expertas notas escritas por encima con referencias a elementos de doctrina epicúrea tienen su origen probablemente en el siglo II. Nuestro texto lucreciano se basa sólo en dos manuscritos del siglo noveno; su supervivencia es (como las de Catulo y Tácito) uno de los milagros de la tradición. Tal vez debamos acordarnos de que la transmisión de los autores de primera importancia para nosotros ha estado pendiente de un hilo.

### B. Escasez de los manuscritos

La supervivencia de un texto depende también de que se pueda utilizar en la enseñanza. A este respecto la fortuna de Lucrecio ha sido ambigua. Quintiliano duda de que nuestro autor pueda ser utilizado en la enseñanza retórica a causa de la expresión difícil del poeta (*inst.* 10, 1, 87). El maestro de retórica no forma parte de aquellos lectores, de quienes se burla Tácito, que colocan a Lucrecio por encima de Virgilio (*Tac. dial.* 23); el marcado interés de los arcaístas, que quizás hacen de él incluso un autor escolar, obra de nuevo en Nonio, en Macrobio y en los cristianos.

En época moderna se ha debido esperar hasta el año 1866; en él Lucrecio se convierte en autor escolar en Francia. Una selección de amplia difu-

<sup>2</sup> K. Kleve, «Lucretius in Herculaneum», *Cronache Ercolanesi* 19, 1989, 5-27; W. Suerbaum, «Herculanensische Lucrez-Papyri», *ZPE* 104, 1994, 1-22.

sión fue publicada nada menos que por Henri Bergson (de la cual hablaremos más tarde).

## II. La influencia poética

### A. *El estilo sublime: unión de la ciencia y de la poesía didascalica*

La conflictiva unión de *lumina ingeni* y de *ars*, a la que alude Cicerón en su juicio sibilino (*ad Q. fr.* 2, 9 [10], 3-4), suscita el interés también de las generaciones sucesivas; así Estacio en su juicio sobre Lucrecio aproxima enfáticamente perfección artística e inspiración (*silv.* 2, 7, 73): *et docti furor arduus Lucreti* ['y el elevado furor del sabio Lucrecio']. Lucrecio es considerado, junto con Catulo, el mayor poeta de su época (*Nep. Att.* 12, 4).

Lucrecio establece la norma para la poesía didascalica. Virgilio en las *Geórgicas* le contrapone una concepción poética diversa: para Lucrecio el poeta se asemeja a un médico del alma, para Virgilio a un sacerdote de las Musas. Lucrecio está inspirado por la libertad del filósofo, Virgilio por la devoción a las Musas. Ovidio rinde homenaje a Lucrecio (*am.* 1, 15, 23-24) dándole el muy idóneo epíteto de *sublimis* y rivaliza con él en el discurso de Pitágoras. En este discurso encontramos sobre todo el tono sublime de la revelación filosófica que evoca o más bien supera a Lucrecio con elementos religiosos, casi empedóclicos; Ovidio se sirve de Lucrecio para llegar a su fuente griega (*met.* 15, 143-145): *Et quoniam deus ora movet, sequar ora moventem /... Delphosque meos ipsumque recludam / aethera...* ['y ya que un dios mi boca mueve, a quien mi boca mueve seguiré... y mi Delfos abriré y al propio cielo...']. Se ve que los poetas didácticos lo estiman e imitan no por sus doctrinas filosóficas (más bien a pesar de ellas), sino como poeta y fundador de una gran poesía didáctica latina. En la antigüedad —sobre todo entre los romanos— existía el *consensus* de que un tema importante exige un tratamiento en un estilo adecuado. Poesía y ciencia no se excluían, sino que tenían necesidad la una de la otra y se reforzaban mutuamente. Es esta la mejor prueba de la grandeza de su talento y de su autoridad. Tampoco el astrólogo estoicizante Manilio puede ignorar a Lucrecio. En este caso es de nuevo la grandiosidad de las ideas y de la visión cósmica lo que obliga a recurrir a Lucrecio, con independencia del dogma filosófico. La diversidad de concepciones del universo no impide, pues, la admiración e imitación. Como lo definió Ovidio, Lucrecio, por encima de todo, es el poeta del discurso 'sublime'.

Séneca lo cita como autor que se ocupa del macrocosmos (*Sen. epist.* 95, 11; *Lucr.* 1, 54-57):

*Totum, inquit (sc. philosophia) mundum scrutor nec me intra contubernium mortale contineo suadere vobis aut dissuadere contenta: magna me vocant supraque vos posita:*

[‘El mundo entero, dice (sc. la filosofía), examino y no me quedo dentro de los límites de la convivencia entre mortales, satisfecha con persuadiros o disuadiros: grandes cosas, situadas por encima de vosotros, me reclaman.’]

*Nam tibi de summa caeli ratione deumque disserere incipiam et rerum primodia pandam: unde omnis natura creet res, auctet alatque, quoque eadem rursus natura perempta resolvat.*

[‘Pues ya la más alta razón a decirte de cielos y dioses empiezo y mostrarte primeros los elementos de donde todas las cosas natura las críe y las nutra y las forme, y donde, a su vez, perecidas a deshacerse las torne.’]

Séneca comparte el gusto lucreciano por lo grandioso. De la antigüedad tardía hablaremos después.

En el Renacimiento la unión de ciencia natural y de poesía era muy bien entendida por los autores italianos. En Italia<sup>3</sup> es Poggio Bracciolini quien da a conocer a Lucrecio, en 1417 manda desde Alemania una copia de él a N. Niccoli. En un primer momento el interés por Lucrecio tiene efecto en composiciones poéticas alegóricas o sobre filosofía natural: el poema didáctico *Urania sive de stellis* de Pontano (muerto en 1503), los *Hymni naturales* de Marullo (muerto en 1500)<sup>4</sup>, la imagen de la primavera (cf. *Lucr.* 5, 737-740) en el *Rusticus* de Poliziano (muerto en 1494) —modelo de la *Primavera* de Botticelli<sup>5</sup>. Hacia el 1460 Lorenzo di Buonincontri compone *Rerum naturalium et divinarum sive de rebus coelestibus libri*. G. Fracastoro (muerto en 1553) explica el efecto del imán según Aristóteles y *Lucr.* 6, 906-1089<sup>6</sup>.

El himno a Venus fue traducido en francés por Du Bellay (muerto en 1560). En Inglaterra el prólogo de Lucrecio influye también en Spenser (muerto en 1599), gran poeta alegórico. Es interesante que las primeras traducciones ingle-

<sup>3</sup> Para Petrarca: G. Gasparotto, «Ancora su Lucrezio nel *Bucolicum carmen (XII Conflictatio)* del Petrarca», *ibid.*, pp. 211-228.

<sup>4</sup> C. F. Goffis, «Il sincretismo lucreziano-platonico negli *Hymni naturales* del Marullo», en: *Belfagor* 24 (1969) 386-417.

<sup>5</sup> A. Warburg, «Sandro Botticellis *Geburt der Venus* und *Frühling*», Strassburg 1892.

<sup>6</sup> *De sympathia et antipatia rerum*, especialmente capítulo V.

sas de Lucrecio (las de Lucy Hutchinson y J. Evelyn, las dos alrededor de 1640) estén escritas en verso (*heroic couplets*). La didascálica lucreciana y la de su adversario Polignac encuentran continuación en Inglaterra<sup>7</sup>. Además, Pope hace referencia a Lucrecio en el *Essay on Man*<sup>8</sup>, atestiguando así el alcance antropológico de la poesía lucreciana. Diderot denomina el himno a Venus como «le plus grand tableau de poésie que je connaisse». Winckelmann (muerto en 1768), también por su predilección por «la antigua majestad de Catulo y Lucrecio»<sup>9</sup>, anticipa el gusto del siglo XIX. Coleridge (muerto en 1834), en cuyo genio se combina el universalismo con la observación aguda, aprecia la unión lucreciana de ciencia y poesía.

Goethe<sup>10</sup> sigue con gran participación la génesis de la traducción lucreciana clásica de K. L. von Knebel (1821) y se confronta con Lucrecio a un nivel nunca antes alcanzado. El poeta no se contenta con integrarlo en la evolución de la literatura romana: «Se puede afirmar justamente que Lucrecio vivió en una época —y contribuyó a darle forma— en que la poesía latina había alcanzado la grandeza estilística. La antigua tosquedad, maciza y brusca, se había mitigado, un conocimiento del mundo más amplio, una mirada de hecho más profunda sobre los caracteres significativos que se veían actuar en torno y junto a ella habían conducido a la cultura romana al punto admirable en el cual la fuerza y la seriedad podían casarse con la gracia, expresiones fuertes y poderosas con la delicadeza» (1822)<sup>11</sup>.

Goethe reconoce sus cualidades poéticas específicas: «una alta capacidad de observación de eficacia sensorial que le otorga fuerza de representación» y «una vivacidad imaginativa... para seguir al objeto observado hasta los escondrijos más secretos, hasta las inescrutables profundidades de la naturaleza, incluso más allá de los sentidos»<sup>12</sup>. Goethe aprecia el proceder de Lucrecio según el principio de la analogía y lo llama, de manera totalmente convincente, un «orador poeta». Más perspicaz que Benedetto Croce, Goethe apreció en Lucrecio no sólo la viva-

<sup>7</sup> T. J. B. Spencer, «Lucretius and the Scientific Poem in English», en: D. R. Dudley (ed.), *Lucretius. Chapters...*, London 1965 (sobre Th. Gray, Isaac Hawkins y otros). Erasmus Darwin (muerto en 1802), abuelo del biólogo, compone *The Temple of Nature or the Origin of Society*.

<sup>8</sup> K. Otten, «Die Darstellung der Kulturentstehung in den Dichtungen von Lukrez, Ovid und im *Essay on Man* von Alexander Pope», en: *Antike Tradition und Neuere Philologien. Symposium zu Ehren des 75. Geburtstags von R. Sühnel*, Heidelberg 1984, 35-56.

<sup>9</sup> C. Justi, *Winckelmann und seine Zeitgenossen*, vol. 1, segunda ed., Leipzig 1898, 151.

<sup>10</sup> F. Schmidt, «Lukrez bei Goethe», en: *Goethe* 24, 1962, 158-174; H. B. Nisbet, «Lucretius in Eighteenth-Century Germany. With a Commentary on Goethe's *Metamorphose der Tiere*», en: *MLR* 81 (1986) 97-115.

<sup>11</sup> W. A. 1, 41, 1, p. 361.

<sup>12</sup> A Knebel, 14 de febrero de 1821.

cidad imaginativa, sino también las facultades intelectuales (el principio de analogía) y las facultades retóricas, sin separar estas últimas de la 'poesía'.

Con los románticos se hace más profundo el abismo entre poesía y ciencia. F. Schlegel dice de Lucrecio: «El es el primero de los poetas romanos por inspiración y sublimidad, como cantor y descriptor de la naturaleza el primero de entre todos los que nos han llegado de la antigüedad»<sup>13</sup>. Lamenta, sin embargo, que un «alma tan grande» haya escogido «el sistema más reprobable». Quizás se deba a la influencia del pensamiento romántico el hecho de que Mommsen, el gran historiador, sorprenda al lector, en una apreciación por lo demás correcta, con la observación de que el poeta habría «cometido un error en la elección del argumento»<sup>14</sup>. Encontramos aquí un acercamiento dual, contrario a la visión unitaria de Lucrecio.

En época moderna las tentativas de los revolucionarios de renovar el poema didáctico propagando un mensaje universal se hacen un poco anacrónicas: André Chénier (muerto en 1794) proyecta exponer las doctrinas de los enciclopedistas en un poema didáctico lucreciano titulado *Hermès*. La obra principal del poeta revolucionario francés Maréchal (muerto en 1803) lleva el título *Lucrece français*. Tras las huellas de Karl Marx, que en su tesis universitaria utilizaba a Lucrecio como fuente más importante, Bertolt Brecht intenta reelaborar el *Manifiesto comunista* bajo la forma de un poema didáctico lucreciano.

De otra parte se descubre de nuevo la creatividad lingüística de Lucrecio, la cual sirve de fuente para un renacimiento poético de una lengua moderna: el parnasiano Sully-Prudhomme (muerto en 1907) compone un arreglo poético del primer libro de Lucrecio y crea por este camino un lenguaje poético de particular precisión.

Un cruce interesante de filosofía natural e intereses poéticos lo encontramos en un filósofo francés: nada menos que Henri Bergson (muerto en 1941) publica una selección de Lucrecio frecuentemente reimpressa. La *opera prima* de este filósofo trata de la filosofía de la poesía y lleva el subtítulo *El genio de Lucrecio* (1884). La interpretación bergsoniana del mundo a través de dos movimientos, el uno creador, el otro desintegrador, nos recuerda el final del libro II de Lucrecio. El primero, *l'élan vital*, que opera en la dimensión de la *durée*, es accesible a la intuición; el segundo, que se desarrolla en el tiempo, es accesible al razonamiento científico. Pero también esta brillante tentativa no se aproxima a la síntesis lucreciana de filosofía natural y poesía.

<sup>13</sup> F. Schlegel, *Geschichte der alten und neueren Literatur* (1815), ed. crítica a cargo de H. Eichner, vol. 6, München 1961, 74.

<sup>14</sup> *Römische Geschichte* 3, séptima ed. 1882, 594-598, especialmente 595.

## B. La observación de la naturaleza

La observación de la naturaleza es una cualidad específica de la poesía lucreciana, cualidad esta que lo aproxima a Ovidio y lo separa de poetas del tipo más bien ‘acústico-psicológico’ como Virgilio. De algunas de sus célebres comparaciones hablamos en otros contextos. De los innumerables ejemplos hemos escogido aquí uno modernísimo, desconocido por los filólogos clásicos.

Es muy interesante que el lírico alemán moderno Durs Grünbein (un verdadero amante de la poesía latina) nos informe<sup>15</sup> de que durante algún tiempo vivió en una buhardilla y de que, cuantas más ocasiones tenía de observar las nubes, tanto más apreciaba la precisión de las descripciones lucrecianas (incluso en una materia tan nebulosa), y cita varios pasajes de Lucrecio (en la traducción de H. Diels), por ejemplo (p. 106):

«*Schau dir nur an, wenn die Wolken wie mächtige Berge gestaltet  
Quer durch die Luft hin jagen, von stürmischen Winden getrieben.*»

Lucr. 6, 189-190:

*contemplator enim, cum montibus adsimulata  
nubila portabunt venti transversa per auras*<sup>16</sup>.

[‘pues fijate bien, un día que, forma y traza fingiendo  
de montes las nubes, del aire a través las arrastren los vientos.’]

Grünbein (p. 107) también compara a Lucrecio con Ovidio (*omnia mutantur, nihil interit*) [‘todo se transforma, nada perece’] y evoca las metamorfosis de los dioses y los hombres en agua u oxígeno, —comparación esta interesantísima, porque forma el punto de unión entre mito y ciencia, poesía y didáctica. Este paralelo es válido también filológicamente: en efecto, Ovidio imita a Lucrecio en su cosmogonía y en el discurso de Pitágoras.

No menos significativa es la admiración de Grünbein por Galileo (*ibid.* p. 92), del cual dice: «Su inclinación por lo clásico, por una claridad armónica también en (la distribución de) las sombras lo convirtió en un observador agudo.»

De nuevo, poesía y ciencia se encuentran para Grünbein en la lectura de la *Commedia* de Dante (p. 104). Según Grünbein, la lectura de la *Commedia* «debe

<sup>15</sup> En su libro *Galilei vermisst Dantes Hölle und bleibt an den Maßen hängen. Aufsätze 1989-1995*, Frankfurt 1996, especialmente 106-115.

<sup>16</sup> En las páginas 108, 112, 115 las citas de Lucrecio (en la traducción clásica de Hermann Diels) se multiplican.

ser un experimento científico». El poeta considera a Dante «el buzo de Delos (citado por [Crates y] Sócrates, cf. Diog. Laert. 12 y 22: «se necesita a un buzo de Delos para comprender a Heráclito»), cuyo medio de transporte y de progreso es la lengua.» Obsérvese aquí el cruce de imágenes científicas y filológicas. Es este el testimonio de un poeta lírico moderno que recurre a Lucrecio y a Dante para sostener la tesis de que poesía y pensamiento no se excluyen.

### C. Psicología, amor, sabiduría

Ovidio (en el *Arte de amar* y en los *Remedia*) utiliza los mismos medios retóricos empleados por Lucrecio (4, 1153-1169) para disculpar (o aumentar) los defectos de la mujer amada. En el *Arte de amar* (2, 657-662) nos aconseja:

*Nominibus mollire licet mala: 'fusca' vocetur  
nigrior Illyrica cui pice sanguis erit;  
si paeta est, 'Veneri similis'; si rava 'Minervae';  
sit 'gracilis', macie quae male viva sua est;  
dic 'habilem', quaecumque brevis, quae turgida 'plenam';  
et lateat vitium proximitate boni.*

[‘Con nombres suavizar se pueden los defectos: llámese ‘morena’ la que sangre más negra que la pez de Iliria tenga; si ojos bizcos tiene, ‘igual a Venus’, si grises ‘a Minerva’; la que sea tan delgada que apenas vivir pueda sea ‘esbelta’; a la que baja sea llámala ‘bien formada’, a la gorda ‘rellena’; por la virtud más cercana que oculto el defecto se mantenga.’]

En cambio, en los *Remedia* (327-330) Ovidio recomienda:

*'turgida', si plena est, si fusca est, 'nigra' vocetur;  
in gracili 'macies' crimen habere potest.  
et poterit dici 'petulans', quae rustica non est;  
et poterit dici 'rustica', si qua proba est.*

[‘ «gorda», si está rellena, si es morena, llámese «negra»; un defecto puede ser ‘la delgadez’ en la esbelta. La que no sea aldeana podrá ser tachada de «fresca», y de «aldeana» podrá ser tachada, si virtud resulta que tenga.’]

Siguiendo a Lucrecio, Ovidio se sirve de la técnica retórica consistente en transformar vicios en virtudes o viceversa (cf. por ejemplo Quintiliano *inst.* 3,

7, 25: *quia sit quaedam virtutibus ac vitiis vicinitas, utendum proxima derivatione verborum, ut pro temerario fortem, pro prodigo liberalem, pro avaro parcum vocemus; quae etiam contra valent*) [‘puesto que existe cierta vecindad entre virtudes y vicios, hay que realizar el cambio de las palabras que estén próximas entre sí, de modo que demos el nombre de valiente en lugar de temerario, generoso en vez de derrochador, ahorrador en vez de avaro; lo cual es válido también en sentido contrario’]. Se ve que en Ovidio, al igual que en Lucrecio, los medios de la retórica no son contrarios al efecto poético, sino que están puestos al servicio de la poesía.

Molière, que tiene una excelente cultura clásica, parafrasea en el *Misanthrope* (711-730) la tirada lucreciana sobre la ceguera de los amantes (Lucr. 4, 1153-1169):

*nam faciunt homines plerumque cupidine caeci  
et tribuunt ea quae non sunt his commoda vere.  
multimodis igitur pravas turpisque videmus  
esse in deliciis summoque in honore vigere.  
atque alios alii inrident Veneremque suadent  
ut placent, quoniam foedo adflitentur amore,  
nec sua respiciunt miseri mala maxima saepe.  
nigra melichrus est, immunda et foetida acosmos,  
caesia Palladium, nervosa et lignea dorcas,  
parvula, pumilio, chariton mia, tota merum sal,  
magna atque inmanis cataplexis plenaque honoris.  
balba loqui non quit, traulizi; muta pudens est;  
at flagrans odiosa loquacula Lampadium fit.  
ischnon eromenion tum fit, cum vivere non quit  
prae macie; rhadine verost iam mortua tussi.  
at tumida et mammosa Ceres est ipsa ab Iaccho,  
simula Silena ac Saturast, labeosa philema.*

[‘pues suelen los hombres, en ciego deseo, hacer de esa guisa, y gracias que en ellas no hay de verdad les ponen y pintan. Así es que las vemos malhechas y feas que a maravilla en alto renombre están y teniéndolas en palmitas; que el uno se ríe del otro, y lo manda a ver si apacigua a Venus con una ofrenda, y de amor tan feo lo libra; y no echa el triste de ver que mayor quizá es su desdicha: es «morenita» la negra, la hedionda y sucia «sencilla»; ¿es ojizarca?: «Minerva»; ¿nervuda?: pues «cervatilla»; la enana es «pura sal toda», «un hada de campanillas»; «augusta» la grandullona, y «la majestad con que pisa»;

la tartajosa «gorjea», es la muda «vergonzosilla»,  
 mas «chispa derrama» la odiosa y estúpida parlanchina;  
 «sílfi» la hace el amor cuando es milagro que viva  
 de flaca que está, «delicada» si ya se muere de tísica;  
 ah, pero aquella tetuda es «la Diosa Madre que cría»;  
 la belfa es «nido de besos», la chata «mi satirilla.»]

Molière, *Le Misanthrope*, acto II, escena V (711-730). Habla Èliante (la prima de Celimène):

*L'amour, pour l'ordinaire, est peu fait à ces lois,  
 Et l'on voit les amants toujours vanter leur choix;  
 Jamais leur passion n'y voit rien de blâmable,  
 Et dans l'objet aimé tout leur devient aimable;  
 Ils comptent les défauts pour des perfections,  
 Et savent y donner de favorables noms.  
 La pâle est au jasmin en blancheur comparable;  
 La noire à faire peur, une brune adorable;  
 La maigre a de la taille et de la liberté;  
 La grasse est dans son port pleine de majesté;  
 La malpropre sur soi, de peu d'attraits chargée,  
 Est mise sous le nom de beauté négligée;  
 La géante paroît une déesse aux yeux;  
 La naine, un abrégé des merveilles des cieus;  
 L'orgueilleuse a le coeur digne d'une couronne;  
 La fourbe a de l'esprit; la sottise est toute bonne;  
 La trop grande parleuse est d'agréable humeur,  
 Et la muette garde une honnête pudeur.  
 C'est ainsi qu'un amant dont l'ardeur est extrême  
 Aime jusqu'aux défauts des personnes qu'il aime.*

[‘El amor, de ordinario, poco hecho está a estas leyes,  
 Y a los amantes se ve de su elección jactarse siempre;  
 Nada ve su pasión en ella de censurable,  
 Y en el objeto amado todo les resulta amable;  
 De perfecciones a los defectos danles valor  
 Y nombres saben darles que les hagan favor.  
 La pálida es en blancura al jazmín comparable;  
 La negra, hasta dar miedo, una morena adorable;  
 La delgada buen tipo tiene, y libertad;  
 La gorda tiene un porte pleno de majestad;  
 La sucia, que poco atractivo tenga,  
 el nombre recibe de descuidada belleza;

La gigante una diosa a la vista parece;  
 La enana, resumen de maravillas celestes;  
 La orgullosa corazón tiene digno de corona;  
 La bribona tiene espíritu; es muy buena la tonta;  
 La que mucho cotorrea tiene agradable humor,  
 y la que es muda guarda un honesto pudor.  
 Así es que un amante que extremado tenga el ardor  
 ama incluso los defectos de aquellos objetos de amor.']

Molière mismo habría querido hacer una traducción de Lucrecio (quizás cuando era joven), si es que se puede tener confianza en una carta de Chapelain a Bernier (25 abril de 1662), en una nota de Brossette sobre la segunda sátira de Boileau y en los prefacios del abad de Marolles a las ediciones de 1659 y 1677 de su traducción. Según el abad de Marolles, Molière se habría servido de su traducción (corregida por Gassendi, muerto en 1655):

*La noire, disent-ils, est une belle brune; la malpropre, la sale est un peu négligée; la louche ressemble à Pallas; mais celle qui est nerveuse et sèche est une chevrette; la bassette ou la naine est une petite Charite, elle est toute esprit; la grande et la démesurée en hauteur est appelée majestueuse: on dit de la bègue qu'elle ne se peut donner la peine de parler, et de la muette que la pudeur est la cause de sa retenue. Celle qui est ardente, importune, babillarde, a l'esprit brillant. Celle qui est si maigre, qu'elle a même de la peine à vivre est appelée délicates amourettes, et on nomme la tendrelette celle qui est presque morte de la toux. Mais la grosse et la mamelue n'est autre que cette divine Cérés, qui est si chérie de Bacchus. La camuse est de la race des Silènes et des Satyres, c'est à dire des demi-dieux, et n'est pas de plus mauvaise grâce pour être un peu satyrique. La lippue aux grosses lèvres est appelée le doux baiser.*

[‘La negra, dicen, es una bella morena; la cochambrosa, la sucia es un poco descuidada; la bizca se parece a Palas; pero la que es nerviosa y brusca es una cabritilla; la bajita o la enana es una pequeña Gracia, es todo espíritu; la alta y la de altura desmesurada recibe el nombre de majestuosa: de la tartamuda se dice que no se puede tomar el trabajo de hablar y de la muda que la causa de su reserva es el pudor. La que es ardiente, inoportuna, parlanchina tiene un espíritu brillante. La que es tan delgada que apenas puede incluso vivir recibe el nombre de delicado amorcito y se llama ternurita a aquella que está casi muerta de tos. Pero la gorda y tetuda no es sino esta divina Ceres, tan querida por Baco. La chata es de la raza de los Silenos y de los

Satiros, es decir, de los semidioses y para ser un poco satírica no hay gracia más maliciosa. La belfa de labios gruesos recibe el nombre de dulce beso.']

Lo que importa en el contexto presente es la precisión y la vivacidad de la observación psicológica en Lucrecio que lo vuelve implícitamente un moralista, satírico y comediógrafo —aspectos que serán desarrollados en época moderna. Por otra parte, se observa —un aspecto no menos digno de nuestra atención— que en tales pasajes poesía y retórica no se excluyen; al contrario, los medios retóricos aumentan el efecto poético.

Séneca (moralista y filósofo natural él también) se sirve de la perspicacia de Lucrecio en contextos psicológicos, por ejemplo para pintar el miedo de los niños en las tinieblas (*epist.* 110, 6-7): *nam veluti pueri trepidant atque omnia caecis / in tenebris metuunt, ita nos in luce timemus*: Lucr. 2, 55-56) ['pues, tal como en ciega tiniebla a los niños todo en espanto / les hace temblar: así a plena luz nosotros temblamos.'] o para revelar la falta de constancia en los adultos: *hoc se quisque modo <semper> fugit* ['Así cada cual de sí mismo huye...'] (*Sen. tranq. an.* 2. 14; cf. Lucr. 3, 1068), en donde el predicador estoico añade el adverbio *semper* para inculcarle la idea al lector. Además, el materialismo epicúreo de Lucrecio es empleado también con el fin de apoyar la doctrina estoica del carácter corpóreo de los afectos: *tangere enim et tangi nisi corpus nulla potest res* (*epist.* 106, 8; Lucr. 1, 304) ['pues cuerpo y ninguna otra cosa se puede que toque o la toquen.']. En los moralistas franceses es característico encontrar a menudo citas parecidas de Lucrecio y de Séneca.

Una de las claves para la influencia de Lucrecio en Francia<sup>17</sup> la constituye la edición comentada de D. Lambinus (1563). De ella extraen inspiración sus destinatarios, Ronsard, Muretus, Turnebus, Doratus. En Francia y en España<sup>18</sup> sobre todo el prólogo del libro segundo se lee como expresión de una nueva sabiduría de impronta erasmiana. En efecto, poca justicia se le haría a Lucrecio si viésemos una alegría maligna, mezquina y autocomplaciente escondida detrás del sublime comienzo de su libro segundo: *suave, mari magno turbantibus aequora ventis, / e terra magnus alterius spectare laborem* (2, 1s.) ['Dulce, cuando alborotan los vientos el piélagos vasto, / desde la tierra mirar la de otros pena y trabajo.']

<sup>17</sup> G. R. Hocke, *Lukrez in Frankreich*, tesis doctoral, Köln 1936; Ph. Hendrick, «Lucretius in the *Apologie de Raymond Sebonds*», en *BibH&R* 37 (1975) 457-466.

<sup>18</sup> A. J. Traver Vera, «El sabio epicúreo en Lucrecio II m1-13: fuentes y recepción en los Siglos de oro españoles», en: *Actas del XII Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, Universidad de Huelva 2000, 449-456.

Otros pasajes favoritos de los moralistas se encuentran en los libros tercero y cuarto. Lucrecio, junto con Horacio, es el poeta preferido de Montaigne (muerto en 1592)<sup>19</sup>, que lo cita ciento cuarenta y nueve veces, como corresponde a sus inclinaciones epicúreas. El libro tercero, con su contenido psicológico, desarrolla una función particular.

Montaigne se sirve de las palabras de Lucrecio en los pasajes más personales de sus *Essais*. Hablando de las desventajas de su pequeña estatuta cita a Lucr. 5, 1109, mientras que, (ed. Larousse 1, 89) al discutir las desgracias de la vida cotidiana, evoca a Lucr. 1, 314 *stillidici casus lapidem cavat* [‘cava la piedra el caer de la gota...’]. Igualmente (ed. L. 1, 31), habiendo superado hace mucho los cuarenta años, hace una descripción con las palabras del final del libro segundo de Lucrecio (2, 1131s.) sobre el decaimiento —proceso complementario al del crecimiento— de los seres y del mundo en general y en particular sobre los efectos de la edad: *minutatim vires et robur adultum / frangit et in partem peiorem liquitur aetas* [‘... pizco a pizco su fuerza y bríos enteros / quebranta la edad y a parte peor se va ello escurriendo.’]

Como Montaigne y Voltaire, Federico el Grande prefiere el libro tercero: «*Quand je suis affligé je lis le troisième livre de Lucrèce; c'est un palliatif pour les maladies de l'âme*»<sup>20</sup>. [‘Cuando estoy afligido, leo el tercer libro de Lucrecio; es un paliativo para las enfermedades del alma’]. Por otra parte, la diatriba lucreciana sobre la mortalidad del alma con el patético recordatorio de nuestra condición mortal (3, 1045) le trae a Goethe a la memoria a Federico el Grande quien en la batalla de Collin gritó a sus granaderos: «Vosotros, perros, ¿queréis vivir eternamente?»<sup>21</sup>. Quizá sería más adecuado comparar con Leopardi el *tedio* que se refleja en el final del libro tercero.

La sátira séptima de Mathurin Régnier (muerto en 1613) se apoya entre otros en Lucrecio (4, 1133-1134), sobre todo la grandiosa imagen dulce-amarga del amor: *medio de fonte leporum / surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angat, / aut cum conscius ipse animus se forte remordet* [‘... en mitad de la fuente de las alegrías / algo asoma de amargo que allí entre las flores aflija, / ya

<sup>19</sup> B. Mächler, *Montaignes «Essays» und das philosophische System von Epikur und Lukrez*, tesis doctoral, Zürich 1985. Por ejemplo, Montaigne, hablando de sus lecturas, se detiene en Lucrecio (Montaigne, *Essais* (extraits), ed. R. Pangaud, vol. 1, Paris: Larousse 1947, p. 69): *Ceux des temps voisins à Vergile (sic) se plaignaient dequoy aucuns luy comparaient Lucrèce. Je suis d'opinion que c'est à la vérité une comparaison inégale: mais j'ai bien à faire à me rassurer en cette créance, quand je me trouve attaché a quelque beau lieu de ceux de Lucrèce.*

<sup>20</sup> *Gesammelte Werke* 15, p. 32.

<sup>21</sup> F. v. Müller, 20 febrero de 1821, en: *Gespräche, a cura di F. v. Biedermann* II, p. 499.

sea que el alma por sí le remuerde acaso...']. El juego de palabras había sido imitado ya por Agustín *flevit amare qui noverat amare* [con amargura lloró quien el amor conoció] (otra confirmación de la función de Lucrecio como «prólogo de la historia eclesiástica», según las palabras de Goethe). En efecto, ahí está presente una sensibilidad particular para los remordimientos de conciencia —también la palabra *remordimiento* se deriva del pasaje citado; en efecto, antes de los padres de la Iglesia nadie había atacado la pasión con tanta pasión.

Este aspecto de filosofía práctica es típico de otra corriente importante de la fortuna de Lucrecio en época moderna. El poeta fabulista La Fontaine (muerto en 1695) se llama a sí mismo «disciple de Lucrèce»; como en otro tiempo el sabio Montaigne, él es un epicúreo en un sentido sublime. La doctrina lucreciana del origen de la civilización influye en Rousseau, que desarrolla la doctrina del contrato social. Voltaire, en sus cartas ficticias a Cicerón, convierte al protector de Lucrecio, Memmio, en el heraldo del deísmo que refuta la física mecanicista. De Lucrecio, de quien, como Montaigne y Federico el Grande, privilegia el libro tercero, dice: «S'il n'était pas un physicien aussi ridicule que les autres il serait un homme divin» ['si no fuese un físico tan ridículo como los otros, sería un hombre divino'].

### III. El supuesto ateísmo

«Lucretius denied divinely the divine» ('Lucrecio negó divinamente lo divino'); este sonoro lema de Elizabeth Barrett Browning<sup>22</sup> refleja un malentendido muy extendido (véase, sin embargo, *Lucr.* 6, 68-79). Por un lado, el reformador Calvino, no queriendo quedar tras Roma en cuanto a piadoso celo, designa a Lucrecio *sic et simpliciter* como *canis*. Por otro lado, la Unión Soviética fue el único país que celebró en 1946 el bimilenario de la muerte del poeta, aunque por razones equivocadas<sup>23</sup>. *Tantum religio potuit suadere malorum* (1, 101) ['Tanto la Religión pudo ser autora de espantos']: no siempre se piensa que Lucrecio combate no la religión, sino el temor a los ídolos y los sacrificios humanos.

El reproche de ateísmo en dirección a Epicuro (la fuente de Lucrecio) es viejo. Entre otros lo repite Cicerón.

<sup>22</sup> *Vision of Poets*. Gottfried Hermann llamó a Lucrecio «sin Dios, pero divino».

<sup>23</sup> Con una edición y traducción de Lucrecio a cargo de Th. (=F.) Petrovskij, complementada por un segundo volumen con ensayos de diferentes autores (entre los cuales está I. Tolstoi), comentario y los fragmentos de Epicuro y Empédocles, Leningrado 1947.

También en otras épocas se observa que la teología de Epicuro y Lucrecio es quizás demasiado elevada para ser comprendida por todos. Según ellos, los dioses se encuentran en los *intermundia*, regiones separadas del mundo, sin inmischirse en los asuntos humanos. Por ello, las plegarias son inútiles. Pero los dioses nos mandan sus imágenes y visiones, lo cual prueba su existencia (dado que, según Epicuro, nuestros sentidos no se equivocan). Así pues, pese a la inutilidad de los ritos, la asidua contemplación filosófica de la perfección de los dioses ejerce un influjo benéfico sobre nuestras almas inquietas y la *pietas* no se suprime sino que se espiritualiza (5, 1198-1203):

*nec pietas ullast velatum saepe videri  
vertier ad lapidem atque omnis accedere ad aras,  
nec procumbere humi prostratum et pandere palmas  
ante deum delubra, nec aras sanguine multo  
spargere quadrupedum, nec votis nectere vota,  
sed mage pacata posse omnia mente tueri.*

[‘Y no es santidad ninguna el que a uno se vea acercarse con velo a hablarle a una piedra y volverse a miles de altares ni en tierra postrarse de bruces y abrir las palmas delante del templo de un dios ni que el gran altar pringado de sangre de bestias sin cuento lo deje y que rezos tras rezos hiltane, sino poder con el alma serena mirar cuanto pase.’]

Naturalmente nuestro autor es también conocido por Boyle, atomista y cristiano devoto. Newton aclara que la filosofía de Epicuro y Lucrecio es «antigua sí, pero verdadera» y que ha sido «alterada por error» por otros «en un sentido ateo»<sup>24</sup>: «*Epicuri et Lucretii Philosophia est vera et antiqua, perperam ab illis ad Atheismum detorta*»<sup>25</sup>: Posee Newton un texto lucreciano e intenta, en el epistolario con Richard Bentley (12. 12. 1692), refutar la opinión de Lucrecio (2, 167-181) de que el mundo se ha originado debido a causas mecanicistas, sin la intervención divina.

En Italia la influencia de Lucrecio fue favorecida por la traducción de Marchetti (1717), a menudo reimpressa. Leopardi comprende el materialismo de Lucrecio, no cree que los dioses se inmischuyan en nuestra vida y es incluso más profundamente pesimista que nuestro poeta.

Shelley, el gran lírico de la naturaleza, se habría visto empujado al ateísmo durante sus años escolares por medio de la lectura de Lucrecio; el lema a modo

<sup>24</sup> A. W. Turnbull (ed.), *The Correspondence of Isaac Newton*, Cambridge 1961, III, p. 335.

<sup>25</sup> D. T. Whiteside, *The Mathematical Papers of Isaac Newton, I*, Cambridge 1967, 388.

de epígrafe del *Queen Mab* proviene de Lucrecio, a quien considera el mejor poeta latino. En el párrafo siguiente veremos que la divinización del maestro (una fórmula empedócleo-lucreciana) ha inspirado a muchos autores y ha sobrevivido a los cambios de ideología, desde el espiritualismo al materialismo y al ateísmo.

#### IV. Homenaje del discípulo al maestro

Swinburne (muerto en 1909) inmortaliza a Giordano Bruno junto con Lucrecio y Shelley en el paraíso de los ateos (*For the Feast of Giordano Bruno, Philosopher and Martyr*).

La divinización del maestro se hacía más fácilmente en la antigüedad, dado que la idea de dios fue a menudo entendida en sentido «funcional»: dadores de vida o salvadores de vida, liberadores. No nos sorprende que en época cristiana el himno de Lucrecio a Epicuro haya sido transformado en un himno a Cristo.

En efecto la gratitud del discípulo hacia el maestro se imita también ella según el ejemplo lucreciano. Se puede pensar en Persio y Cornuto, Estacio y Virgilio, Arnobio y Cristo, Hilario de Arles<sup>26</sup> y Dios.

El gran astrónomo Edmund Halley<sup>27</sup>, a cuya desinteresada amistad se deben la composición y la publicación de los *Principia* de Newton, compone un encomio latino de Newton tras los pasos de los himnos lucrecianos a Epicuro; un *pendant* inglés se debe al poeta de *Seasons*, James Thomson (muerto en 1748, el creador del texto de la magnífica composición musical de Joseph Haydn)<sup>28</sup>.

Thomas Gray (muerto en 1771) comienza el segundo libro de su poema incompleto *De principiis cogitandi* con un apóstrofe a Locke, el iluminador del intelecto humano. En sus dos libros *De animi immortalitate* (1754) Isaac Hawkins rinde homenaje en tono lucreciano a sus maestros Bacon y Newton. Matthew Arnold transforma el elogio virgiliano a Lucrecio en un homenaje propio a Goethe (*Memorial Verses*, 1850).

Detrás de todas estas metamorfosis descubrimos la divinización (tanto más significativa, cuanto menos epicúrea) de Epicuro en Lucrecio (reflejo

<sup>26</sup> Algunos versos que nos han sido transmitidos bajo el nombre de Hilario de Arles (muerto en 449) refieren a Dios la forma base de la aretología epicúrea de Lucrecio (*S. Hilarii in Genesim ad Leonem papam*).

<sup>27</sup> B. Fabian, «Edmond Haleys Encomium auf Isaac Newton. Zur Wirkungsgeschichte von Lukrez», en: *Renatae Litterae, Festschrift A. Buck, Frankfurt 1973*, 273-290.

<sup>28</sup> *Sacred to the Memory of Sir Isaac Newton* (1727).

este de la apoteosis de Pitágoras en Empédocles). Es muy posible que lo mismo sea válido para Dante y Virgilio, el Estacio de Dante, y Dante y Brunetto Latino.

Por ejemplo, el apóstrofe con *o* y la anáfora himnica *te, te* los encontramos en Dante y en Lucrecio.

*O tenebris tantis tam clarum extollere lumen  
qui primus potuisti, inlustrans commoda vitae,  
te sequor, o Graiae gentis decus, inque tuis nunc  
ficta pedum pono pressis vestigia signis,  
non ita certandi cupidus, quam propter amorem  
quod te imitari aveo...  
tu pater es, rerum inventor, tu patria nobis  
suppeditas praecepta, tuisque ex inclute chartis,...  
...  
omnia nos itidem depascimur aurea dicta...*

[‘Oh, tú, de tinieblas tantas que alzar tan clara lumbrera pudiste el primero alumbrando la vida y los bienes que tenga, oh gala del pueblo griego, a tí sigo y pongo mis huellas calcadas ahora en donde tus pies imprimieron su seña, ni es tanto por competir como por amor que te quiera con ansia imitar...

...  
Eres tú, padre, el descubridor, enseñanzas paternas tú nos ofreces, y de los papeles que, inclito, dejas...  
...  
así yo en tus palabras de oro pasto...’]

Además, hay una sorprendente correspondencia entre las palabras finales de los versos:

*lumen-lume* [‘luz’]; *amorem-amore* [‘amor’]; *tuis chartis-il tuo volume* [‘tu volumen’].

«O de li altri poeti *onor e lume*,  
valgami ‘l lungo *studio* e ‘l grande *amore*  
che mi ha fatto cercar il tuo *volume*...»

[‘O de los otros poetas honor y luz,  
válganme el *estudio* y el gran *amor*  
que me han hecho tratar con tu *volumen*...’]

Las palabras finales de los tres versos citados se encuentran en posición análoga y en el mismo orden en el tercer proemio de Lucrecio.

Otros elementos de este proemio lucreciano aparecen en las palabras dirigidas a Virgilio por Estacio (*Purg.* 21, 97):

«de l'Eneida dico, la qual mamma  
fummi e fummi nutrice, poetando:  
sanz'essa non fermai peso di dramma.»

[‘de la Eneida hablo, la cual madre  
me fue y me fue nodriza poetizando:  
sin ella cosa no hice importante.’]

Cf. *Lucr.* 3, 12-13:

*omnia nos itidem depascimur aurea dicta,  
aurea, perpetua semper dignissima vita.*

[‘... así yo en tus palabras de oro pasto, de veras  
ellas las más por siempre de vida dignas eterna.’]

*Purg.* 22, 27:

«ogne tuo dir d'amor m'è caro cenno  
[‘todo tu decir de amor me es cara señal’]

*Lucr.* 3, 9:

*tu pater es, rerum inventor, tu patria nobis  
suppeditas praecepta.*

[‘Eres tú, padre, el descubridor, enseñanzas paternas  
tú nos ofreces...’]

Concluye Virgilio (*Purg.* 22, 61ss.):

«Se così è, qual sole o quai cande  
ti stenebraron sì...»

[‘Si es así, ¿qué sol o qué lumbreras  
te disiparon las tinieblas...’]

(Recordemos:

*O tenebris tantis tam clarum extollere lumen  
qui primus potuisti;*

*tenebris* se lee también en Lucr. 5, 11;  
*ingressus vestigia* Lucr. 5, 55)

Y él le dice:

«Tu *primo* m'invíaste  
verso Parnaso a ber nelle sue grotte»

[‘Tú el primero me enviaste  
al Parnaso a beber en sus grutas’]

Esto nos recuerda a Persio, que aparece nombrado en el verso 100, pero también a Lucrecio (1, 117ss.):

*Ennius ut noster cecinit, qui primus amoenam  
... ex Helicone... coronam;*

[‘según nuestro Ennio cantó, que fue el primero que trajera  
del... Helicón corona...’]

*cf.* 1, 121: *Ennius aeternis exponit versibus*  
[‘Ennio... en eternos versos lo cuenta’]

*Purg.* 22, 66:

«e prima appresso Dio m'illuminasti.  
Facesti come quel che va di notte,  
che porta il lume dietro e sé non giova  
ma dopo sé fa le persone dotte.»

[‘y el primero, tras Dios, me iluminaste.  
Hiciste como aquel que va de noche,  
que detrás lleva una luz y no se goza  
mas tras sí a las personas hace doctas.’]

*Purg.* 22, 73:

«*per te poeta fui, per te cristiano.*»  
[‘por ti poeta fui, por ti cristiano’].

Muy a menudo Dante llama a Virgilio *patre* (como hace Lucrecio en el proemio tercero con Epicuro). En este contexto debemos citar, además, el homenaje de Dante a Brunetto Latino (*Inf.* 15, 79ss.):

«Se fosse tutto pieno il mio dimando,  
rispuosi lui, *voi* non sareste ancora  
de l'umana natura posto in bando;  
ché'n la mente m'è fitta, e or m'accora,  
la cara e buona imagine *paterna*  
di *voi*, quando nel mondo ad ora ad ora  
m'insegnavate come l'om s'eterna:  
e quant'io abbia in grado, mentr'io vivo  
convien che ne la mia lingua si scerna.»

[‘Si fuera satisfecho mi deseo,  
le respondí, no estaríais *vos* aún  
de la humana natura apartado;  
que en la mente me está fija y ello me apena  
la cara y buena imagen *paterna*  
de *vos*, cuando en el mundo hora a hora  
me enseñabais cómo el hombre se eterniza:  
y cuanto lo agradezco yo, en tanto viva,  
conviene que en mi lengua se distinga.’]

Y luego en la respuesta de Brunetto:

«sie ti raccomandato il mio *Tesoro*  
nel qual io vivo ancora, e più non cheggio.»  
[‘séate recomendado mi *Tesoro*  
en el cual yo vivo todavía y más no pido.’]

Piénsese en el mismo proemio del libro III de Lucrecio (3, 9-13):

*Tu pater es, rerum inventor, tu patria nobis  
suppeditas praecepta, tuisque ex inclute chartis,  
floriferis ut apes in saltibus omnia libant,  
omnia nos itidem depascimur aurea dicta,  
aurea perpetua semper dignissima vita.*

Este «eternizarse» del hombre equivale al «trasumanare» en el momento del tránsito al paraíso. Es interesante que la fuerza liberadora del maestro aparezca atestiguada también por el Estacio de Dante: «*per te poeta fui, per te cristiano*» [‘*por ti* fui poeta, *por ti* cristiano’].

Es verdad que en el Medievo tenemos solamente unos pocos testimonios seguros sobre la supervivencia de Lucrecio. No es del todo desconocido, pero aparece raramente citado. Sin embargo, la investigación de referencias ocultas podría muy bien verse coronada por el éxito<sup>29</sup>. Por lo demás, Lucrecio no se ve arrinconado a causa de su epicureísmo (para el período augústeo lo ha demostrado A. Traina)<sup>30</sup>. Se debería, en efecto, reexaminar la teoría demasiado fácil de un Lucrecio totalmente caído en el olvido en el Medievo. Pero, aunque fuese posible probar positivamente que Dante no pudo conocer a Lucrecio, éste último permanecerá si no como el padre, sí ciertamente como el abuelo de los homenajes de Dante a sus maestros.

## V. La imagen de las letras

En el *De Rerum natura* la imagen de las letras aparece muy a menudo. Las letras se asemejan a los átomos de los cuales se compone el mundo. Es interesante encontrar una imagen bastante similar en el *De musica* de Agustín. Según el santo, el mundo creado por Dios se parece a un canto o a una poesía compuesta y recitada por este último. El texto base que le sirve a Agustín para muchas demostraciones tanto métricas como teológicas es el himno *Deus creator omnium*. Tanto las almas humanas como las jerarquías celestiales forman parte de la creación, sirviendo de ‘letras’ y de átomos, esto es, de ‘elementos’ (en los dos sentidos de la palabra) en esta obra divina. Aquí no nos hallamos lejos de Dionisio Areopagita y de las visiones cósmicas de Dante. La angelología medieval es una interesantísima metamorfosis de la física antigua. Pese a las diferencias de base filosófica, Lucrecio y Dante se hallan en perfecto acuerdo en la inseparable unidad de cosmología (física) y poesía, unidad perdida (forzosamente) en el curso de la edad moderna.

## VI. Lucrecio liberador

El fundador de la ciencia moderna en Rusia, Mikhail Lomonosov (muerto en 1765) traduce un fragmento de Lucrecio (5, 1241-1257) y designa justamen-

---

<sup>29</sup> Mi llorado amigo Manfred Gordon había preparado un profundo estudio sobre Dante y Lucrecio, pero el único manuscrito le fue robado del coche: una pérdida irreparable para la filología.

<sup>30</sup> A. Traina, Lucrezio e la «congiura del silenzio», en: *Dignam Dis* a G. Vallot, Venezia 1972, 159-168.

te su carácter como «audaz». En efecto, varias veces en la historia de la humanidad, Lucrecio ha desarrollado una función liberadora.

### A. Antigüedad clásica

En cuanto a la primera vez, recientemente hemos tenido de ella un testimonio nuevo en los fragmentos lucrecianos encontrados en las excavaciones de Herculano. Pues, en la Villa de los Papiros, una especie de «academia epicúrea», se estudiaba a Lucrecio ya relativamente pocos años después de su muerte. Además, sabíamos ya de antes que en la tempestuosa época tardorepublicana, la llamada «revolución romana», había muchas personas que se aferraban a la doctrina de Epicuro: hombres de negocios como Ático, el financiero de algunos grandes de la política y de la literatura, profesores como Filodemo, que oscila entre prosa biliosa y epigramas galantes, chupatintas como Amafinio, que con buenas intenciones produce mala prosa latina, snobs como Memmio, que junto a los epicúreos busca no edificación sino terreno edificable (Cic. *fam.* 13, 1), *viveurs* como el suegro de César, Pisón, cuya frugalidad se limitó al nombre (*Frugi*), pero también políticos activos como L. Manlio Torcuato y —no en último lugar— el mismo César y su asesino Casio: cada uno de ellos en aquella época inquieta se inclina al epicureísmo a su manera, ninguno, sin embargo, con el ardor de Lucrecio. Lo haya hecho o no a tiempo de asistir al acercamiento de Memmio a César, el poeta no puede ser visto como alguien aislado, sino como un miembro de aquel círculo de epicúreos que pronto se agruparán en torno al dictador. El ‘confesor’ de Pisón, Filodemo, se pondrá al servicio de éste último escribiendo un tratado *Sobre el buen rey según Homero*. El proemio de Lucrecio, que ciertamente se encuentra entre las partes de su obra compuestas en último lugar, hace resonar con *Aeneadum genetrix* una nota profética que será desarrollada por Virgilio. Pero es evidente que Lucrecio no ama la guerra, sino que está deseando, como muchos otros coetáneos suyos, la paz y la libertad. En una época en la cual los vínculos antiguos de la familia, del estado y de su religión tradicional se estaban deshaciendo, la doctrina epicúrea debía tener una cierta fascinación: negando el carácter divino del mundo, pero afirmando la libertad del individuo. Sabemos que Horacio y Virgilio experimentaron de jóvenes la impronta de esta doctrina. En estos poetas podemos también observar la función liberadora del elemento epicúreo en la formación de su personalidad. Gracias precisamente a este elemento fueron capaces de resistirse a un adhesión sin condiciones a la nueva dictadura manteniendo la propia independencia.

## B. Periodo paleocristiano

Más importante y sorprendente incluso es la influencia de Lucrecio sobre la iglesia preconstantiniana. Comenzamos con detalles de la doctrina: Tertuliano (muerto después del 220) encuentra en Lucrecio (1, 304 *tangere enim et tangi, nisi corpus, nulla potest res*) [‘pues cuerpo y ninguna otra cosa ser puede que toque o la toquen’] una confirmación de la concepción propia (estoica) de la materialidad del alma (*anim.* 5, 6: *igitur corpus anima, quae nisi corporalis corpus non derelinquet*) [‘Así pues, cuerpo es el alma, la cual, si no fuera corporal, no abandonaría el cuerpo’]. El mismo Tertuliano utiliza argumentos epicúreos contra los seguidores de Platón (Valentinianos y Basilidianos); Lucrecio le proporciona los ejemplos de las ilusiones ópticas, por ejemplo (*anim.* 17, 5-6), la torre cuadrada que parece ser redonda (Lucr. 4, 353-363), los remos «rotos» en el agua (4, 436-439) [para Lucrecio y Tertuliano la culpa no es de los sentidos ni del alma, sino de la naturaleza del aire o del agua]. Minucio Félix (siglo III) da a su apologética cristiana una dimensión física, de sorprendente conexión con Lucrecio. Este aspecto de la influencia lucreciana sobrevive al cambio constantiniano: huellas de Lucrecio se encontrarán continuamente en los puntos de contacto entre cristianismo y filosofía natural y, por tanto, en las interpretaciones de la historia de la creación (Ambrosio, Agustín) y en los escritos sobre la finalidad del organismo humano (Lactancio y Ambrosio). Todavía Isidoro de Sevilla (muerto en 636) cita a Lucrecio de primera mano en contextos relativos a la naturaleza. Como poeta de la naturaleza, Lucrecio sigue siendo indispensable.

Pero hay cosas más interesantes todavía: el cristiano de espíritu independiente, Arnobio, (hacia el 300) alaba a Cristo con el estilo del himno lucreciano a Epicuro (1, 38; Lucr. 5, 1-54). Cristo es para él un maestro de pureza de ánimo y visión científica de la naturaleza («un profesor de filosofía», según Kroll y Le Bonniec, ed. Arnobio, vol. 1, p. 305); como Epicuro, es digno de ser llamado dios y como benefactor de la humanidad supera a Baco, Ceres y Hércules. En otros pasajes Arnobio retoma numerosas doctrinas epicúreas: imperturbabilidad de Dios, mortalidad del alma, inexistencia de los castigos de ultratumba, inutilidad de los ritos. Arnobio ofrece una demostración de cómo un intelectual en una época de trastornos —en vísperas aún de la estabilización constantiniana— sentía el cristianismo como liberación del yugo espiritual de la *religio* romana (y de sus defensores estoicos o platónicos) y era, pues, mucho más sensible a los paralelos con Lucrecio que a las diferencias.

Su discípulo Lactancio (muerto después del 317) es ciertamente más cauto, pero emplea con sorprendente frecuencia en sus escritos argumentos lucrecianos contra otras escuelas filosóficas y adorna el capítulo final de sus *Institutiones* con

versos de Lucrecio (Lact. 6, 24-28), referidos por él a Cristo (para mantener la distancia con Epicuro observa *viam monstravit: nec monstravit tantum, sed etiam praecessit* [mostró el camino: y no sólo lo mostró, también abrió la marcha por él]).

El mismo Lactancio evoca en el poema *De ave Phoenice* la memorable descripción de la morada de los dioses (Lucr. 3, 18-22: *apparet divum numen sedes-que quietae, / quas neque concutiunt venti nec nubila nimbis / aspergunt neque nix acri concreta pruina / cana cadens violat, semperque innubilus aether / integrit et large diffuso lumine ridet*) ['... la fuerza de los dioses y sus moradas serenas / asoman allí, que ni vientos sacuden ni con tormenta / las nubes salpican ni nieve cuajada en agrias heleras / o cana cayendo las mancha, que un cielo siempre sin nieblas / las cubre y en larga sonrisa de luz se esparce doquiera']. Lucrecio, el gran vencedor de los prejuicios, incluidos los de la propia escuela, es, pues, uno de los padrinos de la poesía de arte cristiana, una innovación audaz, como en su día lo había sido la poesía epicúrea. (Epicuro no quería la poesía, y los autores cristianos alabaron la sencillez evangélica —aunque con un estilo cada vez más artificioso). Por ello, no nos sorprende el hecho de que lingüísticamente Lucrecio ejerza también una fuerte influencia sobre el gran poeta de la antigüedad tardía, Prudencio, el gran creador de una poesía cristiana de alto nivel literario (muerto después del 405), cuya obra ejerce un influjo importante en el Medievo.

### C. Época moderna

#### 1. El macrocosmos infinito

En el Renacimiento, la tercera fase del influjo liberador de Lucrecio, la función liberadora de Lucrecio actúa sobre todo en dos direcciones: en primer lugar, hacia el infinito (en contra de Aristóteles y su mundo cerrado). Giordano Bruno, pese a que su pensamiento es fundamentalmente de impronta matemático-pitagórica, retoma algunas doctrinas físicas de Lucrecio; en parte, difunde, como él, el pensamiento propio en versos didácticos (*De minimo; De immenso*). En la obra en italiano *De l'infinito* (1584) emplea a Lucr. 1, 951-1113 (el pasaje sobre la infinitud del mundo) en contra de Aristóteles. Se descubre aquí una función liberadora de Lucrecio comparable a la de la antigüedad tardía.

#### 2. Lo infinitamente pequeño

Luego, el movimiento contrario, la progresión hacia lo infinitamente pequeño, inicia su camino en Lucrecio, pese a que Lucrecio mismo se detuvo

en cierto punto (no fue más allá de los átomos, para él indestructibles). Giordano Bruno en el *De triplici minimo* (1591) se ocupa entre otras cosas de Lucr. 4, 110-122, un pasaje fascinante, al cual también recurrirán Sennert y Pascal. Se comprende que la osadía intelectual de Bruno fuese recompensada con rara unanimidad por los cristianos de diversas confesiones con la persecución, la prisión y la hoguera. Vanini, un discípulo italiano de Bruno, materialista pan-teísta y epicúreo, fue quemado en Tolosa en el 1619. Pero oigamos el pasaje lucreciano:

*Nunc age, quam tenui natura constet imago  
percipe, et in primis, quoniam primordia tantum  
sunt infra nostros sensus tantoque minora  
quam quae primum oculi coeptant non posse tueri,  
nunc tamen id quoque uti confirmem, exordia rerum  
cunctarum quam sint subtilia percipe paucis.  
Primum animalia sunt iam partim tantula, quorum  
tertia pars nulla possit ratione videri.  
horum intestinum quodvis quale esse putandumst!  
quid cordis globus aut oculi? quid membra? quid artus?  
quantula sunt! quid praeterea primordia quaeque,  
unde anima atque animi constet natura necessumst?  
nonne vides quam sint subtilia quamque minuta?*

[‘Ea y ahora, de cuán fina harnaz la imagen es hecha escucha. Y primero, pues tanto por bajo los átomos quedan de nuestros sentidos y chicos son más con tal diferencia que aquello que ya a no poder verlo los ojos empiezan, aún, sin embargo, por más confirmado, cuán mínimos sean de todas las cosas los cuerpos primeros en breve recuerda. Hay, lo primero, ya animalillos tan chicos que, apenas los partas en tres, no hay modo que el tercio vérselo pueda: ¿cómo dirás de los tales que es una entraña cualquiera?, ¿qué el corazón o los ojos?, o ¿qué las patas o antenas?: ¿cómo de chicos? Y más: los primordios cada uno que tenga, de los que su ánima y ánimo están compuestos por fuerza, ¿no ves cómo son de menudos y cuán sutiles... ?’]

Es este un intento de hacerse una idea de la sutileza de las *imágenes* que transportan las impresiones visuales y también de los átomos.

Blaise Pascal (muerto en 1662) adopta en sus *Pensées* (nº 72) la idea lucreciana de un «animal microscópico» (Lucr. 4, 110-122) para un fin no lucreciana-

no: la ilimitada progresión hacia lo infinitamente pequeño<sup>31</sup>. Sólo en el siglo XX la ciencia ha sobrepasado la barrera del átomo «indestructible». Así pues, en lo que a esta cuestión se refiere, Lucrecio ha sido refutado con bastante tardanza.

### 3. La doctrina atómica

El tercer aspecto es la doctrina atómica misma. Galileo conoce la teoría atómica y defiende a Demócrito en contra de Aristóteles: de nuevo se ve la función liberadora del pensamiento físico de los antiguos; en efecto, Demócrito es el modelo de Epicuro y Epicuro es el modelo de Lucrecio. Galileo pasa los últimos años de su vida bajo arresto domiciliario.

P. Gassendi (muerto en 1655), el renovador de la filosofía epicúrea, puede muy bien representar a los materialistas franceses de los siglos XVII y XVIII. El hecho de que se aferrase afanosamente a la inmortalidad del alma, en contra de Lucrecio, es característico de muchos lectores lucrecianos de época moderna. El *syntagma* de la filosofía de Epicuro (fundamentado en Lucrecio) compuesto por Gassendi influencia a Newton y a Boyle; nuestro poeta se convierte así en uno de los padrinos de la física y la química modernas. Una refutación del materialismo fue elaborada por el cardenal de Polignac (muerto en 1742); su *Anti-Lucretius, sive de Deo et natura* en nueve libros (1747)<sup>32</sup> fue publicado póstumamente. La obra, que tuvo notable influencia también en Inglaterra, se halla dirigida esencialmente contra Pierre Bayle (muerto en 1706); éste, en su *Dictionnaire historique et critique*, que preparaba el camino a los enciclopedistas críticos del siglo XVIII, había emprendido, entre otras cosas, la defensa del epicureísmo. Recurren muy de cerca a Lucrecio los filósofos ilustrados Helvétius (muerto en 1771) y Holbach (muerto en 1789), a veces sin mencionar su fuente<sup>33</sup>.

En Europa central<sup>34</sup> se ocupan de Lucrecio los humanistas de Bohemia. El médico y químico alemán Daniel Sennert (muerto en 1613) renueva la doctrina atómica y se refiere muchas veces a Lucrecio. Sebastian Basso<sup>35</sup> compara, como

<sup>31</sup> M. v. Albrecht, *Rom: Spiegel Europas*, 2ª ed., Tübingen 1998, 135-144.

<sup>32</sup> E. J. Ament, «The *Anti-Lucretius* of Cardinal Polignac», *TAPhA* 101 (1970), 29-49.

<sup>33</sup> Sobre el siglo XVIII en general: A. Fusil, «Lucrèce et les littérateurs, poètes et artistes du XVIIIème siècle», *Revue d'histoire littéraire de France* 37, 1930, 161-176.

<sup>34</sup> J. Heijnic, «Zu den epikureisch-lukrezischen Nachklängen bei böhmischen Humanisten», en: *LF* 90, 1967, 50-58; W. Schmid, «De Lucretio in litteris Germanicis obvio», en: *Antidosis. Festschrift W. Kraus*, Wien 1972, 327-335.

<sup>35</sup> *Philosophiae naturalis adversus Aristotelem libri XII* (1621) p. 14.

el romano (2, 114-131), los átomos con el polvillo en los rayos del sol. Johannes Chrysostomus Magnenus emplea la misma imagen y también las comparaciones de las letras y del animal microscópico<sup>36</sup>.

Thomas Hobbes (muerto en 1679) asume la tarea de invalidar las demostraciones lucrecianas sobre la existencia del vacío. Immanuel Kant (muerto en 1804) desarrolla su bien conocida cosmogonía científica<sup>37</sup> en conexión con Lucrecio. En este aspecto Lucrecio parece sustituir a la Biblia. Es, por tanto, hora de hablar del Lucrecio heterodoxo.

#### 4. Lucrecio heterodoxo

Diderot muestra familiaridad con Lucrecio en su escrito materialista *Le rêve de d'Alembert*, que apareció impreso postumamente por vez primera en 1830. Al gran poeta alemán Goethe el *De rerum natura* le parece «de altísimo relieve... como prólogo de la historia eclesiástica cristiana»<sup>38</sup>. ¿No ha acabado, en efecto, Lucrecio, como más tarde hicieron los cristianos, en parte incluso con sus propios argumentos, con el temor pagano a los dioses, incluida la religión de estado? ¿No predica acaso con la pasión de un neófito? ¿Y no encarna acaso —como ha comprendido agudamente Goethe— el tipo humano que más tarde será designado como «heterodoxo»?<sup>39</sup>.

#### D. El fin del atomismo

Albert Einstein escribe un prefacio más bien demoledor de la traducción lucreciana de Hermann Diels (1923-1924). Es muy significativo que este gran representante de una explicación puramente matemática del mundo no haya apreciado al poeta materialista e indeterminista. En efecto, con la prueba de la disolubilidad de los átomos el materialismo «sólido» de Lucrecio ya no era sostenible. Pero, de otra parte, con la prueba de los límites de la causalidad y la

<sup>36</sup> *Democritus reviviscens*, Pavia 1646, Leiden 1658, pp. 268ss y 206ss.

<sup>37</sup> Prefacio a la *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels*.

<sup>38</sup> *Weimarer Ausgabe* 1, 41, 1, p. 361; 37, p. 216.

<sup>39</sup> F. v. Müller, 20. 2. 1821, E. Grumach, *Goethe und die Antike*, Berlin 1949, 343. El archi-heterodoxo Nietzsche concibe de manera incluso más radical la función lucreciana de «prólogo» a la historia de la iglesia: «léase a Lucrecio para comprender lo que ha combatido Epicuro: no el paganismo, sino el 'cristianismo', es decir, la perdición del alma mediante los conceptos de culpa, castigo e inmortalidad».

preponderancia de leyes estadísticas en el mundo de los átomos también estaba acabada la época de la causalidad absoluta y el indeterminismo lucreciano adquirió una importancia inesperada. Hoy, en la microfísica el determinismo de causalidad tradicional ya no es válido; existen sólo leyes estadísticas. Los átomos lucrecianos, declinando apartándose de la vertical, forman para Lucrecio un paralelo de la libertad del hombre, uno de los temas centrales del *De rerum natura*.

### E. FIN

La supervivencia de Lucrecio en época moderna es particularmente fructífera, ya que se mueve en diferentes direcciones: desde el punto de vista del contenido influye en las ciencias naturales, tanto en lo que a cosmogonía, cosmología y teoría atómica concierne, como también en relación a la metodología de la demostración. También se apoyan en él ciertas doctrinas sobre el origen de la civilización. Además, se convierte, filosóficamente, en el «patrón» de los materialistas (justamente) y de los ateos (no del todo justamente: ya desde hace tiempo se sabe que Lucrecio no era ateo), o también —este es el caso más frecuente— en el blanco de los intentos de refutación por parte de espíritus devotos. Otras influencias no dependen de su visión filosófica, sino que descansan sobre valores éticos y literarios: como concedor del alma humana influye en el pensamiento de moralistas y satíricos. Como observador de la realidad y poeta de poderosa capacidad de sugestión visual ejerce influencia sobre pintores y poetas. Como maestro de la poesía didáctica deja su impronta, junto con Virgilio, en este género literario de la edad moderna.

La concepción lucreciana de la indivisibilidad e impenetrabilidad de los átomos fue refutada por primera vez en el siglo XX. La interpretación de la realidad propia de la mecánica ondulatoria hace insostenible también la hipótesis de un vacío absoluto. A pesar de ello, la aguda capacidad de observación del poeta, su argumentación cautivadora y la potencia de su lenguaje no han perdido nada de su frescura. Más que nunca parece este el momento de redescubrir en Lucrecio al poeta. El les ha conferido a la poesía y a la palabra latinas alturas espirituales que anteriormente les estaban vedadas. Independientemente de las diferencias filosóficas, él ha fijado la norma para todos los poetas sucesivos que han querido cantar el universo: lo que Empédocles había sido para él, él mismo lo fue para las generaciones siguientes. Hemos visto que en este campo quedan todavía muchos descubrimientos por hacer: desde los Padres de la Iglesia a Dante, y de Dante hasta la poesía moderna.

Mientras que Benedetto Croce ha concedido un espacio muy reducido a la «poesía» en el *De rerum natura*, yo estoy de acuerdo con Francesco Giaccotti en «que Lucrecio es poeta en partes de su obra mucho más numerosas y extensas que aquellas en las que, en verdad demasiado exiguas, Croce lo reconoce como tal»<sup>40</sup>. Pero tal vez debamos ir un paso más allá: con Lucrecio resulta, en efecto, difícilísimo mantener la separación tradicional entre poesía, didascálica y oratoria, método este tal vez idóneo para ciertos períodos de la edad moderna, pero bastante discutible para los poetas romanos, educados todos en escuelas de retórica e imbuidos casi todos ellos de entusiasmo didascálico; discutible igualmente si tenemos en cuenta las cosmologías físicas antigua y medieval, plagadas de imágenes poéticas, y si consideramos las exigencias del público romano, para el que un contenido de importancia universal requiere una forma altamente poética: es esta la base común de la cual partían tanto Lucrecio como Dante al crear por primera vez una poesía cósmica en la lengua «vulgar» de sus lectores. Los testimonios recientes, sobre todo los que van de Dante a Grünbein, demuestran igualmente la inseparabilidad de la poesía lucreciana de la enseñanza cosmológica.

---

<sup>40</sup> «Su Lucrezio e Croce», *Paideia* 50, 1995, 137-181, especialmente 179.